

ELISEA.—No, hija mía. Ahora empiezan. Sólo han pasado minutos.

PAULINA.—Siglos dirás.

ELISEA.—Ten calma... no tiembles.

PAULINA.—(Rehaciéndose.) ¡Si ya soy fuerte! ¿No me ves? (En voz alta y briosa, mirando á la puerta.) Hijo mío, ya tenemos valor... y esperanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

SOR ELISEA, sentada, distribuyendo en papeletas de un gramo una sal en polvo; á su lado, ADOLFO; SOLÍS y VARONA paseándose.

SOLÍS.—Sí: puede asegurarse que el niño está salvado.

VARONA.—¡Qué triunfo! Esta mañana, cuando lo supe, al volver del monte, brincaba yo de alegría.

ADOLFO.—(Ayudando á Elisea.) Todo se debe al prodigioso médico Guillermo Bruno. El día 14, Cristín estaba casi ahogado.

ELISEA.—Ya le vimos aleteando para remontarse al Cielo.

ADOLFO.—Y el grande hombre procedió con mano segura y rápida.

ELISEA.—Empleó el *termocauterio* con tan grande habilidad y prontitud, que me dejó maravillada. Acción soberana, obra de segundos... ¡Qué arte, qué prodigio!

ADOLFO.—Y ya tenemos á Paulina loca de contento.

ELISEA.—Yo le digo que se modere y ponga frenos á su felicidad. No hay dicha sin frenos.

ADOLFO.—Cierto. La armonía social impone los tonos grises. Tristeza y alegría deben ser decorosas.

ELISEA.—En porciones bien mediditas (Aludiendo á lo que hace), en papeletas de un gramo.

VARONA.—Querido Pepe, no dades que el júbilo multiplica los encantos de Paulina. Ni ella ni yo hemos nacido para la tristeza.

SOLÍS.—(Jovial.) Mi querido tío, llamo á usted la atención sobre el tufillo de inmoralidad que se desprende de lo que acaba de decirme.

VARONA.—Déjame: la inmoralidad es... un descanso.

SOLÍS.—(Preguntándole si ha bebido.) Tío... con franqueza... ¿hoy...?

VARONA.—No, hijo: no he puesto luminarias en mi espíritu. La melancolía me agobia. Contra ella no tengo más defensa que la idea de las gracias de Paulina... Es el único rayo de luz que desvanece las tinieblas de esa noche teológica que se llama mi mujer.

SOLÍS.—(Riendo.) ¡Vaya, tío, que salirnos ahora calavera y seductor!

VARONA.—Y la ocasión no puede ser más propicia. (Con misterio.) Sabrás que Paulina estará muy pronto en disponibilidad...

SOLÍS.—¿Qué me cuenta? (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA II

LOS MISMOS.—PAULINA, NATALIA, JUANA.

PAULINA.—(Muy alegre, entra por la derecha con Natalia.) Sí, Natalia: doy gracias á Dios con toda mi alma. Me confunde pensar que careciendo yo en absoluto de merecimientos, me haya concedido el Señor favor tan grande.

NATALIA.—Las alegrías, fijese usted, no son más que dedadas de miel con que se nos endulza la boca, para que soportemos mejor los tragos de amargura que han de venir detrás.

VARONA.—(Aparte, burlándose.) Ya escampa...

PAULINA.—¡Ay, ay, no me hable usted de nuevas amarguras!...

VARONA.—¡Fuera penas! ¡Alegría, felicidad!

ADOLFO.—No hay mal que cien años dure. (Entra Juana por el fondo seguida de una modista que trae caja, muestrarios y un envoltorio de ropa.)

JUANA.—Señora...

PAULINA.—Pasen ahí. (Les señala la habitación de la derecha.) Voy en seguida.

ELISEA.—(Recogidas las papeletas, toca en el brazo á Solís.) Doctor...

SOLÍS.—Vamos... (Vanse Elisea y Solís por la derecha.)

PAULINA.—¿Me dispensan un momento? Voy á escoger telas y á probarme un traje. (A Natalia.) ¿No quiere usted acompañarme?

NATALIA.—No sé yo apreciar esas lindezas, que á usted le quitan el sentido. Soy muy torpe... Vaya, vaya.

PAULINA.—Vuelvo al instante. (Se va con paso ligero por la izquierda.)

ESCENA III

NATALIA, VARONA, ADOLFO; después SOLÍS.

NATALIA.—En cuanto se ha visto libre de aquellas angustias, recae en su frivolidad.

ADOLFO.—Es hermosa...

VARONA.—Elegante...

NATALIA.—Es graciosa y vana. Los trapos la enloquecen. (Recordando.) ¡Ah! sabréis que el curandero científico viene aquí un día sí y otro no, como director médico. (Se sienta.)

ADOLFO.—Pero Paulina y él apenas se hablan. Así me lo han dicho.

NATALIA.—Ella, según entiendo, ha encontrado una fórmula espiritual para combinar la gratitud con el aborrecimiento.

SOLÍS.—(Sale por la derecha.) Adiós, tía... Tengo mucha prisa.

NATALIA.—Cristín me ha parecido muy bien. (Adolfo, apartándose de su madre, recorre inquieto la escena y atisba por la puerta de la izquierda.)

SOLÍS.—Admirablemente. Furioso porque no le damos de comer. (Se despide de sus tíos Varona y Natalia.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Si le habrá dado Teresa mi carta!

VARONA.—(Cogiendo á Solís del brazo y siguiéndole.) Oye, sobrino... verás. (Se va con él.)

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO.

NATALIA.—Hijo, ¿qué haces? Ven acá.

ADOLFO.—(Acudiendo á ella.) ¿Qué quieres, mamá...?

NATALIA.—No debo ocultarte que desde que ví la salvación y mejoría de Cristin, temblé por tí.

ADOLFO.—Mamá, ¿ya vuelves con esa historia?

NATALIA.—No es historia todavía: lo será... Estamos ahora en la leyenda.

ADOLFO.—(Desenmascarándose.) Bueno, mamita; hablemos claro. Soy joven; mi posición me señala un papel importante en la sociedad. Yo desempeño ese papel difícil con bastante acierto: tú me has aplaudido. Cierto que la moralidad es un prestigio... pero observémosla evitando siempre la ridiculez... Con que deja á un lado las disciplinas... Y si las coges, que sean las de seda, blandas, flexibles...

NATALIA.—De seda son, tontaina. Tu madre amatísima no será tan necia que despliegue ante tí una severidad y un rigor que resultarían desproporcionados... Adolfo mfo, no confíes en que achicarás tu pecado con la magnitud de los que ella tiene sobre sí... Evita el escándalo, por pequeño que sea... Caballero de principios, tú procederás como tal... Serás bueno... (Acariciándole.) ¿Verdad que será bueno mi niño?

ADOLFO.—¡Ah, sí! seré bueno y sensato. (Apartándose de ella.) Mamá no se enfada porque yo...

ESCENA V

Los mismos.—VARONA, PAULINA.

VARONA.—(Aparte, volviendo por el fondo.) Acecho á Teresa para...

PAULINA.—(Por la derecha, con un traje muy elegante.) Natalia, ¿qué me dice usted de este traje?

ADOLFO.—¡Ideal!

VARONA.—¡Precioso!

NATALIA.—Muy bien, hija. Pero no me haga usted caso. Soy lega en trapos.

VARONA.—(Aparte á su hijo.) Un chiste, Adolfin. Dí que tu madre es lega trapense.

ADOLFO.—(Aparte á Varona.) No está mal.

PAULINA.—Hace usted bien en reirse de mí, Natalia. Soy vanidosilla, fantasiosa. ¡Pero qué quiere usted...! Sin esta fascinación de la moda, de elegir lo que á mi parecer me sienta mejor, me aburriría, y yo no quiero aburrirme.

ADOLFO.—Mala cosa es el tedio.

VARONA.—(Aparte, melancólicamente, mirando al techo.) *Tedium vitæ*.

NATALIA.—Decid que debemos tener en constante acción el pensamiento...

ADOLFO.—Esa, esa es la doctrina de Guillermo Bruno.

PAULINA.—Como suya, buena doctrina será.

NATALIA.—Y el gran médico y filósofo la practica, según dicen, en la colonia de mujeres que trae consigo.

PAULINA.—(Sorprendida.) Pero esas mujeres de que oigo hablar, ¿existen de verdad? La belleza helénica, las muchachas pizpiretas y juguetonas, ¿no serán invención ó sueño de ustedes?

ADOLFO.—No, Paulina, no.

VARONA.—Son bellezas palpitantes de un museo vivo.

PAULINA.—Será museo patológico.

ADOLFO.—Hay, según dicen, niños degenerados; pero las mujeres son género sano y fresco.

VARONA.—Más que materia médica, entiendo que es materia medicinal.

PAULINA.—Sean enfermos ó sanos los acompañantes de Guillermo, no puede haber en ello ninguna malicia. ¿Qué cree usted, Natalia... usted que de todo sabe?

NATALIA.—¿Qué malicia ha de haber, hija mía? Al sabio, al investigador del mundo microscópico que se esconde en los senos profundos de la naturaleza física, no le basta la observación: necesita también la experimentación. Acecha, escudriña, sorprende los fenómenos vitales, intentando llegar hasta el punto invisible en que la materia y el alma se confunden. ¿No experimentan otros en animales vivos? Pues éste experimenta en mujeres. Por eso lleva consigo ese lindo ganado, lozano y fresco. Es el gran libro femenino en que estudia la sensibilidad, las pasiones, los apetitos, los devaneos amorosos, y todo lo que forma el reino inmenso de la fragilidad humana.

PAULINA.—(Displícite.) Todo eso lo sabe muy bien Guillermo. No necesita estudiarlo... (Les interrumpe la entrada del Marqués.)

ESCENA VI

Los mismos.—EL MARQUÉS, por el fondo.

MARQUÉS.—Varón, Varona y Varonita... Dios les guarde.

VARONA.—(Aparte al Marqués, corriendo á su encuentro.) Llegas á tiempo.

MARQUÉS.—¿Para qué? (Natalia y Adolfo se disponen para retirarse.)

VARONA.—Para cortar una de las más tremendas erupciones volcánicas de la sabiduría de mi mujer.

PAULINA.—(Avanzando hacia el Marqués.) No te esperaba tan pronto.

MARQUÉS.—Cristín tan famoso, según me ha dicho Solís.

PAULINA.—¿No entras á verle?

MARQUÉS.—(Despidiéndose de los amigos.) Queridos amigos, nos veremos luego. (Vase por la derecha.)

NATALIA.—(Aparte á Adolfo.) Vámonos. Viene á darle la cicuta. ¡Pobre mujer: tras una desdicha, otra!

VARONA.—Vámonos... (Alegre.) El cataclismo es inminente.

PAULINA.—(Después de dejar al Marqués en la puerta de la derecha.) ¿Volverá usted, Natalia?

NATALIA.—Sí; que he prometido á usted traerle hoy mismo los caramelos de violeta, que hacen las monjas Clarisas.

PAULINA.—¡Ah, sí!

ADOLFO.—Allá vamos ahora.

NATALIA.—También traeré á usted las medallas de la Virgen, de gran eficacia para Cristín en su convalecencia.

PAULINA.—Sí, sí.

VARONA.—Todo endulza: caramelos y medallitas.

NATALIA.—Adiós, querida...

PAULINA.—Hasta después. (Despidense. Salen los tres por el fondo.)

ESCENA VII

PAULINA; EL MARQUÉS, que vuelve por la derecha.

MARQUÉS.—¡Qué bien está el chiquillo, qué vividor, qué gracioso!

PAULINA.—(Un poco inquieta.) Me dijiste anoche que hoy tenías que hablarme.

MARQUÉS.—A eso vengo... ¿Estás intranquila?

PAULINA.—Sí. Un presentimiento que desde ayer me ronda... Hoy, medias palabras de Natalia... me hacen temer... no sé qué...

MARQUÉS.—Sentémonos aquí. (Se sientan ambos.)

PAULINA.—(Temerosa, impaciente.) Pienso que es penoso lo que tienes que decirme.

MARQUÉS.—Penoso es... para mí al menos. (Cariñoso.) Y he de empezar por el principio, por la primera página de nuestra vida común...

PAULINA.—(Alarmada.) ¡Ay, ay, ay! Amigo del alma, te ruego

que abrevies mi suplicio... Salta de las primeras páginas á la página presente. ¿Acaso vienes á decirme que es la última?

MARQUÉS.—Sí, querida Paulina: mi unión contigo, que de apasionada se ha ido trocando en paternal, ha llegado á su término. La edad me lo impone; me lo imponen otros motivos...

PAULINA.—(Conmovida, sollozando.) ¡Oh, mi buen Alberto, qué pronto se ha nublado mi felicidad!

MARQUÉS.—A tí me llevaron tus encantos, Paulina; tu gracia. Pero algo más hubo en el fundamento de esta unión irregular.

PAULINA.—Sí, sí: la soledad en que vivías.

MARQUÉS.—La ingratitud, el desafecto de mi propia familia. Mis hijos, el uno residente en Cuba, otros en Madrid, me amargaban la existencia con sus desórdenes, ó con exigencias seguidas de litigios. Yo no podía vivir con ninguno de ellos. En sus casas, la paz y la alegría del hogar no existían para mí. Sólo me era fiel y adicta mi hija Pilar, que residía en Bélgica con su marido.

PAULINA.—Y ahora Pilar vuelve á España. Su marido establece en Valencia no sé qué negocio industrial.

MARQUÉS.—¿Lo sabías?

PAULINA.—Lo supe. Pero no sospeché...

MARQUÉS.—Me propuse no decirte nada hasta que tuviéramos la seguridad de la mejoría de Cristín...

PAULINA.—(Secando sus lágrimas.) Antes que me lo preguntes, debo decirte que me parece muy razonable tu propósito de vivir con tu hija. Me has enseñado la serenidad, el juicio claro de las cosas. Créeme, Alberto: con gran dolor mío, apruebo tu resolución.

MARQUÉS.—Es natural y lógico que acabe mis días al lado de mi hija... Tu conformidad con esta idea me quita del alma un enorme peso... Me das la mejor prueba de tu excelente corazón... (Emocionado, le besa las manos. Paulina enmudece.) Al separarme de tí por tan razonables motivos, dejo asegurada tu existencia. La renta vitalicia que ha s constituido con tus ahorros, te basta para vivir holgadamente. Este hotel, ya sabes que es tuyo.

PAULINA.—Aunque al determinar la separación no lo hicieras

con tan extremada generosidad, mi querido Alberto, yo tendría siempre por tí una devoción ferviente. Eres un hombre extraordinario.

MARQUÉS.—Un hombre que se somete á la verdad creada por la Naturaleza y las leyes... Espero que tú harás lo mismo.

PAULINA.—(Confusa.) ¡La verdad... las leyes! todo eso me llama... siento que me llama... No sé si podré acudir sin que tú me aconsejes, me guíes...

MARQUÉS.—¿Consejo y guía quieres? Pues oye: no esperes, como yo, á la vejez para entrar de lleno en un camino de rectitud... Y una vez en ese camino, no te desvíes de él. Procura tomar gusto á cosas amargas que has probado pocas veces.

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Qué?

MARQUÉS.—La paciencia, la vida monótona, la soledad...

PAULINA.—Ponme delante la esperanza, y probaré esas amarguras. Pero esperanza no me das, Alberto.

MARQUÉS.—Sí, sí... (Sin atreverse á expresar su pensamiento.) Te doy esperanza, te señalo un fin de reparación... de paz...

PAULINA.—Fin hermoso, pero lejano, ¿no es eso?

MARQUÉS.—Está... al término de un camino muy derecho, muy derecho...

PAULINA.—(Desalentada.) ¡Ah, no podré recorrerlo todo! La distancia es enorme... Me cansaré... Necesito un guardián, un mentor, un maestro que en tan larga caminata me aleccione...

MARQUÉS.—¿Maestro pides? Tendrás uno irremplazable, que de tí no se separará ni un momento...

PAULINA.—¿Quién?

MARQUÉS.—¡El tiempo, el tiempo!... el que lima toda aspereza, el que amansa los rencores, el que hace posible lo imposible, el que nos desengaña, el que nos instruye, y calladito, calladito, andando siempre, nos enseña todas las verdades.

PAULINA.—¡El tiempo! ¿Y á ese solo maestro entregas mi existencia?

MARQUÉS.—A ese y á otros dos: tu buen corazón, tu buen juicio. Paulina, no puedo decirte más.

PAULINA.—Pero es poco. Háblame, explícame...

MARQUÉS.—No es necesario. Sé que me has comprendido. (Con ademán de retirarse.) Dicho lo más importante que debías saber, me voy á disponer algunas cosas...

PAULINA.—¡Pero te vas, Alberto... tan pronto...!

MARQUÉS.—No. Ya vendré á despedirme de tí...

PAULINA.—¿Y me explicarás...? (Queriendo retenerle.)

MARQUÉS.—Con lo dicho, basta... Tu buen corazón, tu buen juicio... el tiempo...

PAULINA.—Sí... pero... soy muy torpe... Dime...

MARQUÉS.—(Retirándose.) No es preciso, no es preciso...

PAULINA.—(Va tras él.) Oye...

MARQUÉS.—Adiós, adiós... (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

PAULINA, SOR ELISEA.

PAULINA.—(Abatidísima.) ¡Oh! sola otra vez. ¡Triste destino!

ELISEA.—(Entreabriendo la puerta de la derecha.) ¿Se fué? ¿Puedo pasar?

PAULINA.—Pasa, Elisea.

ELISEA.—(Acudiendo á consolarla.) Ya sé... Me lo dijo ayer Alberto. Es triste cosa, pero justa y necesaria. Su hija le ha exigido...

PAULINA.—Ya me lo figuro. (Suspirando fuerte.) Sea lo que Dios quiera.

ELISEA.—Y tus desdichas no vienen nunca solas, porque yo... siento decírtelo... también te dejo.

PAULINA.—(Asustada.) ¡Elisea, también tú...!

ELISEA.—La Superiora me reclama. Tu niño está fuera de cuidado. Nada tengo que hacer aquí.

PAULINA.—Todos me abandonan. Mis ángeles tutelares levantan el vuelo...

ELISEA.—Ausentes, velaremos por tí, tontuela. Pero yo no saldré de aquí sin recordarte la obligación en que está todo buen cristiano de cumplir sus promesas.

PAULINA.—No necesitas recordármelo.

ELISEA.—Como testigo que fuí de aquel compromiso, debo cuidar de que no se quede á medio camino entre tu memoria y tu voluntad. En aquel tremendo instante, cuando el pobre Cristín se ahogaba, y viste á Guillermo Bruno entrar por esa puerta, dijiste, de rodillas ante mí...

PAULINA.—(Quitándole la palabra.) Dije que si Guillermo salvaba á mi hijo, yo le estimaría, aunque él no me estimase ni me perdonase... Pues lo que prometí, Elisea, cumplido está.

ELISEA.—Pero hay más, Paulina. Salvado el niño de la asfixia, cuando tú y yo nos quedamos solas con él, y le vimos descansadito, respirando con facilidad, tuve yo que contentar tu alegría para que con tus cariños locos no hicieras daño á la criatura. La esperanza de verle salvo te enloquecía. Cristín, con semblante risueño y los ojos llenos de luz, confirmaba nuestra esperanza, ofreciéndonos cinco besos por cada uno que nosotras le diéramos. Tú, llorando á raudales, dijiste: «¡Qué alma tan noble la de Guillermo! En vez de hacer daño á mi hijo, al hijo de mi crimen, le ha dado la vida; en vez de castigarme, me devuelve mi alegría y mi consuelo.»

PAULINA.—(Con viva emoción.) Así lo dije.

ELISEA.—Tus manos y las mías juntas sobre el pecho de Cristín, yo te recordé tu promesa. Tú la repetiste, la confirmaste, dándole más fuerza y valor. Dijiste: «A ese hombre tan grande y bueno, yo le amaré, aunque él á mí no me ame.»

PAULINA.—(Con acento firme y sereno, altos los ojos, la mano en el pecho.) Es verdad.

ELISEA.—Paulina, me hiciste tu confesora. Sé también ahora sincera y leal, y revélame todo lo que sientes.

PAULINA.—Ahora, como entonces, te descubro mi alma. Guillermo no me inspira miedo ni aversión. Sus brusquedades y sus gritos, que antes me aturdían, ahora me agradan. Cuando viene á ver á Cristín, deseo que sea menester extender muchas recetas para que tarde en salir... A veces se me ocurre decir tonterías, de las que sé que á él le incomodan, para ver si me riñe. Pues digo mis tonterías, y él nada... no me dice nada. No hace

ningún caso de mí. Con que ya ves lo que me pasa... que es bien poco. (Pausa.)

ELISEA.—(Con inocencia.) Sí que es poco... Pero ya será más.

ESCENA IX

Las mismas.—JUANA, con paquetes y cajas.

JUANA.—Señora, esto ha traído el de la tienda de juguetes.

PAULINA.—Todavía no se cansa la infinita bondad de Alberto.

ELISEA.—(Abriendo las cajas y sacando algunas cosas.) Más juguetes. ¡Y qué lindos!

JUANA.—Y aquí están los encajes que quería la señora: *guiPURE inglés*. (Destapa una caja.)

PAULINA.—Déjalos ahí. (Saca algunos encajes que deja sobre la mesa, sin mostrar interés.)

JUANA.—(Recordando.) ¡Qué cabeza! Me olvidaba de lo mejor. He encontrado al señor doctor don Guillermo...

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Dónde?

JUANA.—Aquí cerca, y me dijo... Dice que aunque no le toca venir hoy, sino mañana, vendrá hoy.

PAULINA.—¿De veras? Viene, Elisea; viene hoy.

ELISEA.—¡Anticipa la visita!

PAULINA.—¿Por qué será? Da que pensar.

ELISEA.—No pienses, no pienses nada... y á tu obligación, que es bien sencilla.

PAULINA.—¿Cuál es?

ELISEA.—Amar á quien no te ama. Lo prometiste.

PAULINA.—Y lo cumplo. Pero el alma de Guillermo no tiene para mí más que aversión, menosprecio...

ELISEA.—Mejor. Así harás lo que nos ordenó Jesucristo: amar á los que nos aborrecen.

JUANA.—(Que ha mirado por el fondo.) Aquí viene don Guillermo... Ya entra en el jardín. (Corren presurosas al ventanal Paulina y Elisea.)

PAULINA.—(Mirando.) Viene despacio, meditabundo.

ELISEA.—Ya nos ha visto... Doctor... ¡eh!... (Ambas le saludan, Elisea en primer término.)

PAULINA.—Ya sube.

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA, JUANA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Brusco, jovial.) ¡Pues no hacen pocos aspavientos para recibirme! ¿Qué es esto?... ¿qué les pasa?

ELISEA.—No esperábamos verle hoy.

GUILLERMO.—¿Y qué? Porque adelanto un día, ya se alborotan... La curiosidad las saca de quicio. ¡Casquivanas, noveleras... mujeres al fin!

PAULINA.—(Timidamente.) Es que...

ELISEA.—¿Y á qué se debe...?

GUILLERMO.—(Con mucha viveza.) Callen, callen, que quiero decirlo antes que me lo pregunten... Me ha dicho Solís que el niño está muy bien. Vengo á darle de alta.

PAULINA.—Cristín está bien; pero no tan bien que...

GUILLERMO.—Veámosle por última vez. (Indicando á Paulina que vaya delante.)

ELISEA.—Y yo por última vez le daré de comer. (Paulina y Guillermo se van por la derecha.)

ESCENA XI

SOR ELISEA, JUANA; después TERESA.

ELISEA.—¿Traerás tú la comida del niño?

JUANA.—Teresa la trae... Oígame, hermana. (Con misterio.) Cuando encontré á don Guillermo, iba con él el señor Solís, médico de casa... hablando, parlotando...

ELISEA.—¿Y qué? ¿Es novedad que hablen los doctores?

JUANA.—Por las caras de ellos entendí que su conversación no era de Medicina... Se regalaban con lo que es hoy comida de todo el pueblo.

ELISEA.—¿Qué, mujer?

JUANA.—Lo primero, que el señor Marqués se retira á la vida de familia. Lo segundo, que á la señora, ¡pobrecita! me la encierran en un convento.

ELISEA.—Paulina es libre. No la veo inclinada á la vida de recogimiento...

JUANA.—Es que la obligarían...

ELISEA.—¿Quién?

JUANA.—Autoridad tiene el señor don Guillermo... Influirán con la señora las familias principales del pueblo, pongo por caso, los señores de Varona...

ELISEA.—Esos, por meterse en lo que no les importa, serían capaces de... No hagas caso de habladurías. Cállate. (Viendo venir á Guillermo y Paulina.) Ya vuelven. (Entra Teresa por la izquierda con la comida de Cristín en una bandeja.)

ESCENA XII

Las mismas.—PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—Muy bien. Ya pueden levantarle.

ELISEA.—(Que ha cogido la bandeja de la comida.) ¿Le da usted de alta, doctor?

GUILLERMO.—Al niño de alta y á usted de baja.

ELISEA.—Señor, ¿qué dice?

GUILLERMO.—Que la hermanita curandera no me sale de aquí.

PAULINA.—(Batiendo palmas,) ¡Oh, qué alegría!

ELISEA.—Señor, la Superiora me ha llamado. (Guillermo, jovial, le impone silencio.) Otros enfermos me reclaman. Bien sabe usted que hay tantos...

GUILLERMO.—Y aquí no faltan. Infinito es el número de enfermos. ¿Qué es la humanidad más que una inmensa

clínica, con apariencias de escuela y de presidio? Curar, educar, corregir, todo es lo mismo.

ELISEA.—¡Quiere retenerme aquí! (Asombrada.) Y dice que esto es escuela, clínica...

PAULINA.—Y presidio, Elisea... ha dicho presidio...

GUILLERMO.—Cárcel, fortaleza de corrección. De todo se asustan... ¡qué simples! (Imperioso.) ¡Ea, presidiarias de Dios, cada cual á su obligación... pronto! (Les ordena que lleven al niño su comida.)

ELISEA.—(Asustada.) ¡Jesús, qué hombre! (Vase por la derecha; tras ella las dos criadas.)

ESCENA XIII

PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Despidiéndose.) Y ahora...

PAULINA.—(Con gran timidez.) No, no. Dispensa si...

GUILLERMO.—¿Tienes algo que decirme? (Paulina afirma con la cabeza.) Volveré.

PAULINA.—(Babuciente.) No, no: ahora... Es cosa de esas que... que no admiten aplazamiento.

GUILLERMO.—Bueno: tú dirás.

PAULINA.—(Medrosa.) Hazme el favor de sentarte un ratito.

GUILLERMO.—(Se sienta junto á la mesa en que están los juguetes.) Me siento... A ver... dí.

PAULINA.—Pues... (Coge una silla para sentarse próxima á Guillermo; pero al ver el rostro serio y adusto de éste, retrocede.) Estoy muy agradecida. (Siéntase á distancia.)

GUILLERMO.—Ya me lo has dicho. He cumplido un deber, y nada más.

PAULINA.—Pero yo no merecía que cumplieses ese deber.

GUILLERMO.—También me lo has dicho. Y ya lo sabía yo... Sigue.

PAULINA.—(Con supremo esfuerzo.) Pues... aparte del deber profesional, hay... hay ciertas relaciones entre el médico y el enfermo... Naturalmente, el médico vive de su traba-

jo. En nombre de mi hijo, que no puede mostrarte su gratitud sino con su cariño... yo estoy obligada...

GUILLERMO.—No sigas... Me pides la cuenta de mis honorarios. ¿No es eso? (Se levanta.) Te diré. Por más que hayamos llegado á ser extraños el uno para el otro, ante la ley y ante la religión padecemos la horrible desgracia de ser marido y mujer. No está bien que yo te cobre honorarios.

PAULINA.—¡Ah! no puedo admitir eso.

GUILLERMO.—Si es cierto, como han dicho, que estás arrepentida del mal que me hiciste...

PAULINA.—(Vivamente.) Cierto es, te lo juro.

GUILLERMO.—Pues con tu arrepentimiento me basta.

PAULINA.—Lo tomas como moneda corriente...

GUILLERMO.—Moneda fiduciaria. (Examina diversos juguetes.)

PAULINA.—¿Papel?

GUILLERMO.—Papel, sí, que no tiene valor mientras no lo garanticen grandes cantidades de oro en las arcas de la conciencia.

PAULINA.—Oro... sí: te entiendo. Tengo que acuñar oro, muchísimo oro... La plata no sirve.

GUILLERMO.—La plata no. (Da vueltas á la mesa, poniendo toda su atención en los juguetes.)

PAULINA.—Necesito que mi conciencia sea un crisol ardiente; mi voluntad un troquel muy duro...

GUILLERMO.—(Sin atender á Paulina, admira el juguete que tiene en la mano.) ¡Qué gracioso! Los que inventan estas cosas tienen mucho talento.

PAULINA.—Imitan la vida humana, para encanto de los chiquillos.

GUILLERMO.—(Cogiendo otro juguete.) ¿Y esta colección de Historia Natural? ¡La girafa, qué monada!... Y el elefante... Es muy conveniente dar á los chicos, sin fatigar su entendimiento, las primeras nociones de la ciencia.

PAULINA.—Mi Cristín tiene predilección por los juguetes instructivos. Enredando con ellos, hace mil preguntas que yo no sé contestarle.

GUILLERMO.—(Examinando con admiración una figurita.) ¿Y esto? ¡qué preciosidad! Mira, mira.

PAULINA.—Creo que anda.

GUILLERMO.—(Mueve el resorte; la figurilla se mueve.) ¡Oh, qué gracia! Esto es un encanto.

PAULINA.—Si te gusta, llévate.

GUILLERMO.—(Con espontáneo alborozo, guardando la figura en su bolsillo.) Paulina, por mis honorarios. Además de tu arrepentimiento, me llevo esto.

PAULINA.—Mira otro. ¿No te hacen gracia estos patitos? (Los muestra.)

GUILLERMO.—Delicioso. (Guardándoselos.) Por mis honorarios.

PAULINA.—Todo lo que ves aquí es tuyo.

GUILLERMO.—Me cautivan estas cosas que hacen felices á los pequeñuelos. (Rebuscando en la mesa.)

PAULINA.—(Con gran curiosidad.) ¿Tienes niños?

GUILLERMO.—(Sin mirarla, vuelto de espalda.) Sí.

PAULINA.—¿Quieres que te mande aquel caballo grande, aquel cañoncito...?

GUILLERMO.—Gracias. Tengo toda el Arma de Artillería... y todo el Cuerpo de Caballería. (Examinando lo que hay en la mesa, se fija en los encajes.)

PAULINA.—¿Quieres barcos, soldaditos...?

GUILLERMO.—(Desdoblado algunos encajes.) Vamos, si no te enfadas, me llevo también esto.

PAULINA.—(Asombrada.) Pero esto no es juguete. Es un adorno para vestidos de señora ó señorita.

GUILLERMO.—(Escoge dos encajes.) Juguete de niños, juguete de mujeres, todo es igual. (Los dobla y se los guarda.) Por mis honorarios.

PAULINA.—¿Tienes mujer, mujeres?

GUILLERMO.—Tengo familia.

PAULINA.—(Con vivo interés.) Guillermo, yo quiero ver tu casa.

GUILLERMO.—No será de tu gusto. Mi casa es un pobre taller...

PAULINA.—¿De qué? ¿Elaboras la vida, la salud? ¿Eres acaso artista?

GUILLERMO.—Mi arte se parece al del herrero. En un yunque muy duro enderezo los cuerpos mal formados... y las almas torcidas.

PAULINA.—¡Oh, qué prodigio!... Yo quiero ver tu casa, que parece un convento; tu familia, que parece una comunidad. (Guillermo deniega con la cabeza; Paulina se afige.)

¡Triste de mí! Nada me concedes. No merezco de tí más que una indulgencia fría, semejante á las preces de la Iglesia por los difuntos.

GUILLERMO.—Algo más mereces, Paulina, ó algo más, sin mirar á tus méritos, te concedo yo.

PAULINA.—(Con interés, levantándose.) ¿Qué?... Dímelo... ¿Qué me concedes?

GUILLERMO.—Como es cosa que no depende de mí, no puedo contestarte ahora.

PAULINA.—Anúnciame lo que es. La curiosidad me abrasa.

GUILLERMO.—¿Para qué anunciar lo que quizás no pueda realizarse? (Con ademán de retirarse.)

PAULINA.—¿Pero te vas? ¿Me dejas en esta incertidumbre?

GUILLERMO.—Me voy precisamente para sacarte de ella.

PAULINA.—Según eso, volverás.

GUILLERMO.—Naturalmente.

PAULINA.—¿Cuándo?

GUILLERMO.—He dicho que volveré.

PAULINA.—(Mirándole fijamente.) ¡Oh, tú me engañas!

GUILLERMO.—(Sulfurándose.) ¡Que te engañó... yo!

PAULINA.—Usas un ardid caritativo... La amargura de ausentarte, de huir de mí... la endulzas con una promesa tan falsa como generosa.

GUILLERMO.—Digo que volveré... (Con severidad, alzando la voz.) ¿Dudas de lo que digo?

PAULINA.—(Asustada.) No, no.

GUILLERMO.—Siempre lo mismo. Crees todas las mentiras... no crees al hombre sincero y leal. (Alejándose sin dejar de mirarla.)

PAULINA.—(Corriendo á él.) Guillermo... no, no dudo... te creo, te creo... ¿A quién he de creer yo?... Sí, sí... volverás... (Síguele hasta la puerta.)

GUILLERMO.—Así me gusta. Creer es preciso, Paulina; creer, creer. (Dice esto en la puerta del fondo, mirando á Paulina. Esta le sigue con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA XIV

PAULINA; después NATALIA y VARONA.

PAULINA.—(Vuelve al proscenio.) Terror siento, sí... como ante la majestad del mar tempestuoso y de los vientos desencadenados... En mí, todo es debilidad y pequeñez; en él, todo es grandeza... Antes, seis años há, ¿qué sentía yo? Horror de lo desconocido. (Se sienta meditabunda.) Ahora lo desconocido se abre, descubre su interior luminoso. Tengo miedo á la claridad... que me ciega. (Con esfuerzo mental.) ¿Cómo razonaré yo esto? (Entran Natalia y Varona por el fondo, pisando quedo. Detiéndose en la puerta, contemplando á Paulina... Hablan aparte.)

VARONA.—¡Pobrecilla... bien se ve que el bárbaro la ha tratado con dureza!

NATALIA.—Para esta desgraciada no hay más solución que entrar en un recogimiento...

VARONA.—Sí, mujer... cambiar de vida, de...

PAULINA.—(Para sí.) No puedo razonarlo... Soy muy torpe...

NATALIA.—Vengo decidida á proponérselo. ¿No te parece que en ninguna casa religiosa estaría tan bien como en la *Esclavitud del Calvario*?

VARONA.—¡Oh, sí... lo mejor... la *Esclavitud*...!

NATALIA.—¿Serás tú capaz, hombre de poca fe, de ayudarme á convencerla?... pero con seriedad.

VARONA.—¡Oh, sí!... Traigo aquí multitud de argumentos de mucha fuerza... Verás...

NATALIA.—(Dirigese á Paulina con ademán compasivo.) ¡Hija del alma, pobre víctima! (La besa.)

PAULINA.—(Componiendo su rostro.) ¡Ah, Natalia!

VARONA.—A tiempo llegamos para consolarla.

NATALIA.—¡Infeliz mujer! Dios la trata á usted cruelmente.

VARONA.—Apenas ve salvado á Cristín, Alberto se... vamos, que presenta la dimisión.

NATALIA.—Y acto continuo, su esposo de usted... parece que

se complace en mortificarla... (Recordando.) ¡Ah! los caramelos de violeta.

VARONA.—Obra de las monjitas de Santa Clara, regalo y ali-
vño de convalecientes... (Da un paquete á Paulina, que lo
abre; coge dos: uno para sí, otro para Varona.)

NATALIA.—Y las medallitas. (Las saca del bolsillo; las muestra á
Paulina.)

PAULINA.—(Con el caramelo en la boca.) ¡Qué preciosas! Por aquí
la Virgen, por aquí San Rafael...

NATALIA.—¿Se las pongo á Cristín?

VARONA.—(Deseando que se vaya Natalia.) Sí, sí: no tardes en
ponérselas.

PAULINA.—Tome usted un caramelo, y llévele otro á Cristín,
uno solo.

NATALIA.—(Que estaba ya junto á la puerta, vuelve.) ¿Verdad que
son muy ricos?

PAULINA.—Riquísimos.

NATALIA.—(Junto á Paulina, desenvolviendo el caramelo.) Se me
olvidó decir á usted una cosa que le interesará. Ya sabe
que las Clarisas están pared por medio con la colonia de
Guillermo Bruno, que á unos les parece taller, á otros
convento.

VARONA.—Taller de artes diabólicas y gimnasio de livian-
dades.

NATALIA.—Por su organización, es al modo de convento.

VARONA.—Lo mismo que un convento; sólo que es todo lo
contrario.

NATALIA.—Quiere decir que allí no se da culto á Dios, sino á
la alegría y al desenfreno del vivir.

VARONA.—(Con exageración que encubre la ironía.) Viven consa-
grados á la filosofía materialista, ó sea la constante fran-
cachela.

PAULINA.—¿Por las noches?

VARONA.—No; que celebran sus ritos ante el Sol.

NATALIA.—Y desde que Dios amanece empiezan las risotadas
y el bullicio.

VARONA.—(Siempre con sutil ironía.) Allí no se oyen más que
címbalos y crótalos, flautas de Pan, cánticos de muje-
res y de niños, como un coro de faunos y bacantes.

NATALIA.—No exageres, Varona.

VARONA.—Y cuando niños y mujeres callan, óyense cánticos
de viejas, con notas de aquellarre.

NATALIA.—No es tanto, no.

PAULINA.—¿Y ven las monjas lo que pasa en la vecindad?

VARONA.—Ven horrores gentílicos y filosóficos: mujeres her-
mosísimas que imitan á las estatuas griegas, y señoritas
al fresco que hacen mil cabriolas y se suben á los ár-
boles.

PAULINA.—¡Jesús!

VARONA.—(Aparte.) Aquí que no peco.

NATALIA.—(Que se ha dirigido á la puerta y retrocede.) Varona, no
apruebo que pintes la colonia con colores tan fuertes...
Creerá Paulina que queremos presentar á Guillermo
como un sér depravado.

VARONA.—La bestia científica y filosófica, ¿qué puede ser?

NATALIA.—Pues un hombre de excelente corazón... Demos á
cada uno lo suyo.

PAULINA.—Guillermo adora los niños. Esto puedo atesti-
guarlo.

NATALIA.—Dicen las monjas que entre los chiquillos que allí
tiene, hay uno preferido. Le ama con idolatría, le lleva
en sus brazos, le mima, le agasaja. Es criatura desme-
drada, raquítica. (Vuelve á la puerta.)

VARONA.—Iremos... sin más objeto que el de satisfacer una cu-
riosidad... de artistas.

PAULINA.—(Muy nerviosa.) ¿Me llevarán ustedes?

VARONA.—¡Oh! sin duda. (Para que lo oiga su mujer.) Le con-
viene á usted un recogimiento... la *Esclavitud*; quiero
decir, un lugar sosegado para... para...

NATALIA.—(Aparte, en la puerta.) Para evitar escándalos... Bueno
es que pasen por arrepentidas las que nunca se arre-
pienten. (Vase por la derecha. Varona, muy nervioso, vigila
la puerta; vuelve junto á Paulina agitado y temeroso.)